

El Baluarte

Subscription.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—Un año, 20 ptas.—Provincia: Tres meses, 7/50 ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado, Número atrasado, 25 céntimos de peseta.

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 14

Sevilla—Viernes 17 de Enero de 1902

AÑO XXVI

Circular silvelina

El jefe del partido conservador (?) se ha dirigido, por medio de la oportuna circular, á sus amigos de provincias excitándoles á que reorganicen sus fuerzas y constituyan comités, comisiones ó representaciones en todos los pueblos en que haya persona ó personas que comulguen en la iglesia que dirige el señor Silvea.

No nos ocupáramos de este documento, que en nada puede interesar á nuestros lectores, si no hubiéramos observado en él la insistencia con que su autor recomienda á sus correligionarios de provincias la urgencia de organizarse para las próximas elecciones de diputados á Cortes y senadores, y la necesidad de ponerse en inteligencia con los monárquicos de otras ramas, allí donde no puedan luchar solos, ó no tengan fuerzas para presentar candidato propio. También quiere el jefe conservador que formen el censo de la hueste.

¿Qué quiere decir el pontífice del vaticanismo neo, con sacar á colación ahora la urgencia de su organización para estar prevenidos en las próximas elecciones?

¿Es que ve definitivamente perdido al Gobierno y en vísperas de disolución el Parlamento? Algo de esto parece indicar la circular, dada la insistencia con que se afirma; porque Silvea, que indudablemente debe estar en el secreto, no se hubiera lanzado en la forma que lo hace, si no considerase al Gobierno muerto y al Parlamento actual ingobernable é indisciplinado, para obedecer á otro gobierno del partido liberal constituido por otros hombres y presidido por alguien que no sea el señor Sagasta. Y en este caso, el jefe conservador, que se conoce que no las tiene todas consigo, se prepara anticipadamente para una lucha electoral, en la que evidentemente no cuenta de antemano con las benevolencias que le dispensó Sagasta el año pasado para sacar triunfantes sus candidatos y contar con una minoría numerosa. O será la señal de una campaña de amenazas, como aquellas que tanta fama le dieron hace cuatro años, hasta elevarle al Gobierno en colaboración de Polavieja y compañeros regionalistas.

Ello dirá. Nosotros tomamos nota de esa circular, que consideramos se presta á reflexiones, porque es una genialidad del jefe conservador, sin trascendencia ninguna, á las que en verdad, como á su poca firmeza de ideas y de juicios, nos tiene acostumbrados, ó realmente es que considera desquiciado al Gobierno; teme la revolución, que avanza y se apresta á la lucha, denunciando á todos vientos los desprestigios del Gobierno y la proximidad de la caída de Sagasta y la disolución del partido liberal, como lo está el suyo, y de la posibilidad de que otros hombres obtengan la confianza de quien hace ministros, y se prescinda de él, y busca en la hueste una manera de consagración de su nominal jefatura, que la ve amenazada de hundirse, si otro hombre fuera llamado al Gobierno y con él participaran del Poder algunos de los que figuran en la Unión conservadora.

Si es verdad que estamos próximos á una disolución del Parlamento, bueno es que, como hace Silvea con su hueste, nos preparemos los republicanos, y que el pueblo vaya tomando posiciones para escalar la muralla y acometer el asalto de la fortaleza.

A. A.

Murmuraciones

Hay que ir haciendo el petate para emigrar. España está llamada á ser un gran convento, dirigido por una priora.

Y no es lo malo que sea priora, sino que la priora sea extranjera.

O somos irredimibles, ó somos unos tios gansos, ó somos unos miserables.

—¿Y por qué no hemos de ser hombres dignos?

¡Ahí verá usted!

La Regente se ha negado rotundamente á firmar nada que se relacione con la Iglesia ni con los frailes.

—¡Piérdase España entera y sálvese mi alma y mi dinero!

Y en esta situación, que no tendría nada de particular, gobernando Ugarte y demás monaguillos de la conservaduría pediguña y limonera, Sagasta se encoge de hombros, Alfonso González se va á pasear por entre los pinares de Murcia, Teverga hace de *factotum*, Urzáiz suma y resta en contra del país, Villanueva hace que hace, Almodóvar ajofifa las solerías de Palacio, Veragua pide dinero, y Weyler ejerce de bú entre los niños chicos de la política militante.

De Romanones no hablemos: es una especie de enano de la Venta que hoy expide un decreto en sentido liberal, y mañana lo rectifica en sentido reaccionario.

Así estamos, y así llegaremos al nuevo reinado si los pulmones de la majestad futura están en buen uso.

Ayer fué otra vez denunciado *El País* de Madrid, y, á creer los telegramas, no lo fué por cosa mayor, sino por cosa menor.

En las altas regiones donde se forjan las tormentas se ha decidido matar á dicho diario republicano, sin otra razón que el capricho, que es la ley de hoy; ¡y el periódico republicano se ha propuesto vivir!

Al efecto, la Empresa editorial del valiente colega publicará en París, semanalmente, *El País* con todos los artículos que le denuncian en España, y de esa manera adquirirá popularidad en la vecina República las cosas feas é indignas que vienen ocurriendo en España.

El Gobierno que nos rige no es Gobierno constitucional, sino unipersonal.

La Regencia, con los chanclos puestos encima de la Constitución del Estado, se burla de todas las libertades consagradas, no tanto por los Parlamentos como por la sangre española vertida en su conquista.

Que esto habrá de tener un fin desastroso, es indudable.

Pero que los hombres que actualmente nos gobiernan son lo más malo y lo más inepto y lo más débil de la nación, no es siquiera discutible.

La idea de publicar *El País* en la capital de la vecina República, es una idea hermosa, y cuantos sentimos en nuestro pecho los arrebatos de la ira debemos de ayudar al valiente colega en su atrevida empresa.

Los escritores republicanos que vivimos en España no podemos dar rienda suelta á la pluma, no para infamar—que no infaman los hombres honrados que pelean desinteresadamente por ideales de justicia—sino para decir la verdad ni aun dentro de las leyes. Estas no son más que una pantalla para hacer creer al mundo que España es un pueblo que vive á la moderna. ¡Y esto no es verdad! Aquí vivimos á la antigua.

Las regiones todas están supeditadas á los respectivos señores feudales, que cobran todavía hasta el derecho de pernada. Los pueblos están envilecidos, y la independencia es signo de muerte.

La justicia no se atiene á los artículos del Código, sino que, temerosa y obligada, mira el entrecejo del señor, para ver si lo frunce con enojo ó lo desarruga con agrado.

Poco valemus; pero si *El País* en París necesita de nuestros alientos, enfrenados que no adormecidos, y de nuestra pluma y nuestra inteligencia, libres como el aire, y dignas como las más dignas, á su servicio están.

Y si ha llegado la hora de derrumbar el templo de la injusticia con todos sus filisteos, nuestro esfuerzo no ha de faltar en ese momento augusto en que los escombros nos envuevan ó la luz de un nuevo sol de justicia nos redima.

Los carlistas han pensado salvar la vida á don Jaime pagando misas rezadas á los curas y los frailes. Celebraré que consigan propósito tan loable, porque es un chico simpático y de las castas reales.

Después de haber aplaudido á rabiar—la prensa de Sevilla se entiende—por haber conseguido el señor Marqués de Paradas y demás marqueses que nos representan, que se aprobaran las obras de defensa contra las arriadas del Guadalquivir... ahora venimos en conocimiento de que se aplaudió sin saber lo que se aplaudía.

Nos ha sucedido á nosotros algo parecido á lo que anteaer le pasó á unos amigos míos—Algarín Hermanos—que tienen propiedades rústicas y urbanas en el Coronil, en donde las clases trabajadoras, en uso de su perfecto derecho, elevaron los jornales.

Alos primeros que participaron dicha resolución fué á dichos señores, quienes, ni remisos ni perezosos, las aceptaron enseguida, admitiendo doble número de jornaleros.

Como los demás propietarios se negaran á

hacer lo mismo, las clases trabajadoras se amotinaron y comenzaron á romper cristales y causar destrozos...

¿A quienes creerán ustedes que apedrearon más y mejor? A los señores, es decir, á las propiedades de dichos señores Algarín.

Hasta que... aparecieron unos cuantos diciendo:

—Señores: Ahí, no. Si ese es el único que nos paga lo que pedimos... ¡Ustedes dispensen, señores!

Pues... si no igual, una cosa parecida nos va á suceder á nosotros los sevillanos con el proyecto de obras contra las arriadas.

Hemos apedreado con aplausos y vivas á los señores senadores y diputados porque van á comenzar las obras, y cuando nos enteremos en qué consisten éstas, vamos á tener que decir:

—Señores: Ustedes dispensen que los hayamos aplaudido, porque, como las obras de defensa consistan en lo que, según nos vamos enterando ahora, consisten, vamos á tirar al ingeniero de cabeza al río Guadalquivir.

Figúrense mis lectores que una de las obras defensivas que hay que hacer, es la siguiente, que será emplazada en el sitio llamado Paseo de Colón.

Oigase:

«Se construirá, conforme al proyecto, un murete de fábrica de ladrillo, con banco y asiento emplazado paralelamente á las fachadas de las casas, á 12 metros de distancia, para formar un camino destinado al público.

La altura del muro alcanzará, según nuestra noticia, más de dos metros.»

Es decir, se levantará un estorbo de más de dos metros de altura en un sitio tan ameno y delicioso como es el paseo de la orilla izquierda del Guadalquivir, con el objeto de que cada diez años, próximamente, sirva una vez, no impidiendo esto que las casas bajas de la ciudad se arríen, porque ya sabemos que Sevilla está en un hoyo, y que las casas se arrían por filtraciones naturales, puesto que el agua busca su nivel.

Y ahora nos encontramos con que...

Los malecones y murallas que nosotros mismos hemos destruido en dicho sitio para hermostrar la población, urbanizándola de camino, de nuevo nos las van á colocar, dejando aquellos sitios hechos un adefeso.

¡Cuando digo yo que los aplausos otorgados al Marqués de Paradas se van á convertir en peñascos y maldiciones!...

Es sabido que las arriadas—lo mismo las de este río que las de todos los ríos—se evitan facilitando el desagüe...

Pues bien, eso se deja para el final. Primero se hará lo innecesario, y luego lo necesario.

Léase:

«La obra del recinto de Triana y las destinadas á facilitar los desagües en la vía y en la carretera de Sevilla á Huelva, se realizarán después de los cuatro años, sin que se indique en el proyecto el tiempo ni el orden en que se ejecutarán.»

Esto es: los muros de contención que forman la vía del ferrocarril de Huelva y el arrecife de Extremadura, cuya sustitución por puentes de hierro sería lo bastante para que, después de abrir un cauce ancho y profundo por la vega, desaguara el río en cuanto éste subiera dos metros ó tres sobre su nivel ordinario, esos quedan en su sitio para que no se disguste la casa Rostchild—propietaria del ferrocarril susodicho—y para no hacer las cosas á derechas.

¡Les digo á ustedes que aquí se va á armar la de San Quintín!...

—Usted, ¿qué sabe? ¡Es, acaso, ingeniero?

—No señor. Pero usted se ha creído que los ingenieros son infalibles como el Papa?...

Los festejos preparados para la Feria de Abril serán los mismos de siempre...

Las regatas, ¡ay de mí, qué espectáculo tan mono viéndolo desde París! Farolillos de papeles y lucecitas á mil, y fuegos artificiales, y pare usted de decir. Extranjeros: ¡visitadnos, venid en ferrocarril, que con los grandes festejos, bien se vais á divertir!

Y apropósitos de festejos.

El Ayuntamiento de Valencia ha entrado ya en funciones, y la primera víctima que ha hecho ha sido San Vicente Ferrer.

Dice un colega de aquella localidad:

«Ayer se reunió la comisión de Fiestas por primera vez, y su primer acuerdo fué suprimir la consignación que en años anteriores se destinaba á los festejos religiosos en honor de San Vicente Mártir.»

¡Lo mismo, lo mismo que en Sevilla, en cuyo Ayuntamiento se va á presentar una moción por la que se pida al cabildo que en el Convento de Capuchinos se labre un hermoso cuarto de baños para que los frailes que allí habitan se laven y no contraigan la glosopeda!...

¡Siempre mirando por esos pobrecitos!...

CARRASQUILLA.

El pájaro de la monja

Estaba yo en la reja del locutorio cuando la hermana Fessue decía á otra hermana: «Indudablemente la Providencia vela por mí; sabe el cariño entrañable que profeso á mi gorrión, que se hubiera muerto si yo no hubiera rezado diez *ave-marias* para que se curase. Dios le ha devuelto la vida; demos las gracias á la Santa Virgen.»

Un metafísico que estaba con ellas le contestó: «Es cosa excelente, hermana mía, rezar *ave-marias*, sobre todo cuando una doncella las recita en latín en un arrabal de París; pero no creo que Dios se ocupe de vuestro gorrión, aunque es muy hermoso; os ruego que penséis que tiene otros asuntos de que ocuparse. Ha de ocuparse en dirigir continuamente el curso de dieciséis planetas y del anillo de Saturno, en el centro de los que colocó el sol, y tiene además que gobernar millones de millones de otros soles y de otros planetas. Las leyes inmutables y su concurso eterno mueven toda la naturaleza; todo está ligado á su trono por una cadena infinita, de la que ningún anillo puede nunca estar fuera de su sitio. Si los *ave-marias* que habéis rezado pudieran hacer vivir un instante más á vuestro gorrión, hubieran quebrantado todas las leyes establecidas para toda la eternidad por el gran Ser; hubierais desorganizado el universo, y hubierais necesitado un nuevo mundo, un nuevo Dios, un nuevo orden de cosas.

Hermana Fessue.—¿Creéis que Dios haga tan poco caso de la hermana Fessue?

El Metafísico.—Siento decirlo que sois, como yo, un insignificante é imperceptible eslabón de la cadena infinita; que vuestros órganos, los del gorrión y los míos, están destinados á subsistir un número determinado de minutos en este arrabal de París.

Hermana Fessue.—Siendo lo que decís, yo estaba predestinada á rezar un número determinado de *ave-marias*.

El Metafísico.—Sí; pero no han obligado á Dios los *ave-marias* á prolongar la vida del gorrión más allá de su término. La constitución del mundo entrañaba que vos en este convento, y á cierta hora, pronunciaríais como un loro ciertas palabras en una lengua que no sabíais; que ese pájaro, que nació como vos por la acción irresistible de las leyes generales, estuviera enfermo y se aliviara; que vos creierais haberle curado rezando y que nosotros tendríamos esta conversación.

Hermana Fessue.—Siento decirlo que me parece que esas ideas se resienten de herejía, y mi confesor, el reverendo P. Menón, infería de ellas que no creéis en la Providencia.

El Metafísico.—Creo que existe la Providencia general, de la que emana para toda una eternidad la ley que rige todo el universo; pero no creo en una providencia particular que quebrante esa ley en beneficio de vuestro gorrión ó de vuestro gato.

Hermana Fessue.—Sin embargo, ¿qué contestaríais si os dijera mi confesor lo que á mí me dice, que Dios cambia todos los días de voluntad para favorecer á las almas devotas?

El Metafísico.—Me diría el confesor la mayor necesidad que un confesor de monjas puede decir al hombre que piensa.

Hermana Fessue.—¡Virgen santa, creéis que mi confesor es un necio!

El Metafísico.—No digo eso; lo que os dije es que trata de justificar, diciendo una gran necesidad, los falsos principios que desea imbuirlos para supeditaros y dirigir todos vuestros actos.

Hermana Fessue.—¡Hola, hola! Meditaré lo que decís, porque merece reflexionarse.

VOLTAIRE.

Desde Río Tinto

Bien empieza el nuevo Ayuntamiento de Río Tinto, bien se vanagloria también el pueblo que representan los nuevos municipales de sus primeros acuerdos, que resultan en beneficio para la población; pues bien, si los nuevos municipales llevan deseos de hacer algo útil, si su obra económica quieren que resulte en beneficio de este pueblo, y si se quieren llevar las simpatías y el aplauso público, deben en la primera sesión que celebren después de escrita esta crónica, suprimir el cargo de comandante de municipales; y así lo hacen, Río Tinto quedará sumamente agradecido por su obra redentora, que tanto ansía.

Nosotros, que al empezar nuestra larga campaña nos propusimos descubrir todas las hazañas cometidas y las que cometiera ese tipo que se apellida Montero, para ponerlas de relieve al Ayuntamiento, no podemos por menos que en todos los números descubrimos algunas.

Días pasados llegó a la cárcel Montero, y viendo en el piso alto (donde habita el carcelero) a un primo hermano de la mujer que está a cargo de la limpieza de la cárcel, preguntó a ésta qué hacía allí aquel individuo; y explicado por aquella, sin esperar a nada, cogiendo por un brazo al mencionado individuo, lo puso en la calle; al ver la canalesca faena de Montero, la mujer en cuestión trató de amonestarle por el mal trato que hizo a su primo, y Montero, con la desfachatez que le caracteriza, empezó, cual una mujerzuela, a insultar a la mencionada mujer con encerrarla en un calabozo.

Entonces la mujer, también con una desfachatez digna de Montero, cantó a éste las *verdades del barquero*, y el jefe de los municipales de Río Tinto se las *chupó* como un caramelo.

Otra. El Ayuntamiento debe tomar nota, y la vista de águila de Montero se convierte en ciega ilusión. En el sitio denominado Caldera de Márquez, sito próximamente a 2 kilómetros de la población, fué herido un sujeto conocido por *Camfofo*, por otro conocido por *Canasto*; pues bien: el suceso ocurrió a las ocho de la noche, y después de haber pasado el hecho, el tal *Canasto* vino a Río Tinto, paseándose por éste, y tomó además café en varios establecimientos, y a la mañana siguiente se personó en el establecimiento de bebidas de D. Blas Wert Mora, dándose preso a un sereno que había cumplido el servicio; éste lo llevó al domicilio de su jefe, señor Núñez, el cual lo detuvo.

Hé aquí, después de leído lo que arriba queda, una prueba más de lo inútil e inhábil que es el jefe de los municipales.

Y vamos a cuentas. ¿Qué servicios ha prestado Montero en los cuatro meses que lleva en ésta?

Ninguno, esto es, nosotros no sabemos ni le conocemos, y cuando nosotros no lo sabemos, no lo sabe nadie; tan sólo tenemos noticias de un solo servicio que el tal comandante ha prestado: el de la calle Numancia, que levantó un juego prohibido por él imaginado, y que sólo pudo recoger 60 ó 65 céntimos; éste es el único servicio por él prestado, y que debe cubrirse el rostro de vergüenza por él; si en él hiciera mella ésta.

No, no es posible que Montero pueda ocupar el cargo que ejerce; es imposible que continúe; de lo contrario, Río Tinto se retorcerá de rabia, y es muy probable que a ustedes, señores municipales, os pida responsabilidades de las fatuas consecuencias que puede acarrear.

Y para eso estamos nosotros en la vanguardia, siempre dispuestos, en representación de Río Tinto, para dar el empujón y ayudar a la caída del detestable Montero.

Río Tinto Enero 1902. M. IGLESIAS.

De actualidad

El *Heraldo*, en un artículo titulado "Agitación social; el problema de Jerez", inserta declaraciones de Azcarate.

Considera éste el conflicto general en toda España, y extraordinariamente en Andalucía.

En San Fernando existen muchos socialistas y ningún anarquista.

Las estadísticas administrativas debe estudiarlas el Gobierno.

Hecho esto, reformense los consumos y la instrucción pública.

El problema es grave y urge estudiarlo. Estúdiense el censo de las clases capitalistas y obrera; y después los jornales y las utilidades de propietarios y patronos.

Entiende que la revolución es un medio justo para las reformas políticas, pero absurdo y fatal para las sociales.

Los patronos tienen deberes y sólo se acuerdan de derechos. Los obreros tienen y se les imponen deberes.

La culpa de la cuestión de Jerez tiénela los gobiernos, que nunca pecaron de reformadores.

Dicen de Roma que son inminentes las huelgas de los empleados de ferrocarriles y trabajadores del campo.

El Senado yanqui acordó excitar a Roosevelt a que se exijan explicaciones a Inglaterra por violar el convenio del Haya, exigiendo derechos de Aduanas a objetos caritativos que se enviaron a los prisioneros boers de las Bermudas.

Ha sido denunciado y recogido *El País*.

En Barcelona reanudaron el trabajo 200 huelguistas descargadores.

Esta noche se reunirán el el Gobierno patronos y obreros para acordar bases de concordia.

En la isla Mauricio causa estragos la peste bubónica.

Pasan de cien los atacados, y fallecen las tres cuartas partes.

En el Cabo se han hecho numerosas ejecuciones boers.

Con referencias a telegramas de Londres, dícese que ha recaído D. Jaime.

Según *El Correo Español*, nada se sabe.

Se ha verificado el banquete en honor de Silveira y Dato.

Ha habido un interesante discurso de Silveira, definiendo su programa y rompiendo el pacto con los liberales.

Pidió reformas de administración y militares.

Fuó objeto de ovación entusiasta.

Dicen de Roma que el Papa recibió a 150 individuos de la aristocracia romana.

El príncipe de Colonia leyó un mensaje de felicitación.

Contestóle el Papa, que después conversó con varios niños, acariciándoles.

Ha habido un incendio en las Ventas del Espíritu Santo, resultando tres casas destruidas y dos comercios de ultramarinos.

Han sido heroicos los trabajos de salvamento. Ascienden a 30,000 duros las pérdidas.

Varios contusos. Siete individuos fueron detenidos por estar cometiendo raterías.

Rusia envía a la Manchuria diez mil hombres.

El alcalde Madrid se ha dirigido a sus colegas de varias capitales pidiéndoles antecedentes de las ferias respectivas e invitándoles a que concurran a los festejos de Madrid, trayendo pabellones y casetas regionales.

Sagasta y Moret conferenciaron sobre trabajos parlamentarios.

Dicen de Málaga que en el hotel de París celebró el banquete en honor de Silveira, asistiendo setenta comensales.

Pronunciáronse brindis entusiastas. Silveira declaró que debía reflejar los sentimientos de la opinión en el momento de abrirse un difícil período de la monarquía.

Preséntanse tres problemas graves. El añañamiento del poder público.

La reforma de la Administración.

La restauración del Ejército y la Marina.

Los liberales vinieron a destiempo, y caminan entre errores.

El nuevo monarca no puede fiarse de tales hombres.

Hace un llamamiento a la unión de otros elementos.

Recomienda la disciplina del partido. Termina brindando por Málaga.

Una comisión de Valdepeñas visitó a Urzáiz para protestar sobre 500 expedientes de defraudación instruidos a los vicateros.

En la próxima combinación de gobernadores figurarán Barcelona y Valladolid.

Cumplimentaron a la regente Tetuán y Armijo.

Créese que mañana se firmarán los nombramientos de senadores vitalicios a favor de Capdepón, Moltó, Reig, Calbetón, Hermida, Agelet, Comas y Ramos Calderón.

Entre militares y marinos hay entusiasmo por el acuerdo del Centro del Ejército y Armada de celebrar un Congreso presidido por el rey en el próximo Mayo.

El País ha decidido publicar en París la edición especial dedicada a la política radical.

El Imparcial inserta artículo concediendo importancia al discurso de Silveira y al anuncio de Maura.

Dice que las treguas se han acabado, y que las oposiciones arremeterán con brío. Si el Gobierno no se refuerza, no resistirán los debates del Parlamento.

El Imparcial, ocupándose de la concesión del diploma de la Legión de Honor a Sarasate, dice que si alguien se ocupara en el extranjero de las glorias españolas, no se hubiera arrebatado el premio Nobel a la literatura de Echegarria, verdaderamente elegido por el tribunal internacional.

La *Gaceta* inserta decreto suspendiendo el cumplimiento de otro de 1.ª de Octubre sobre ascensos en los cuerpos de la Armada.

En el Español estrenóse el drama *El castigo del Peseque*, del redactor de *La Epoca*, Zeda. Exitó, llamadas a escena, teatro brillante.

Allende Salazar ha sufrido una operación quirúrgica; ha mejorado.

El Comité científico literario de los franceses residentes en Toronto (Canadá), ha concedido el primer premio de Ciencia útil a los hombres, a D. Ramón Cajal.

Dos destacamentos colombianos, creyéndose recíprocamente rebeldes, batieron con encarnizamiento durante cuatro horas cerca del río Hacha.

Resultaron 181 muertos y 63 heridos.

Romanones marchó a Valencia.

Dicen de la Habana que los admiradores de Mac Kinley arrancaron el letrero de la calle de Zorrilla, sustituyéndolo por el de Mac Kinley.

Los españoles restituyeron el letrero de Zorrilla.

Interviuó el Intendente a favor de los españoles.

Chile a ofrecido a Kruger extensos territorios para caso de que los boers quieran emigrar.

UN VALIENTE

—¡Ahí están!—¡Ahí están! gritaron niños y mujeres.

Instantáneamente se cerraron puertas y ventanas, y la calle única del pueblo quedó desierta.

En la casa del tío Nivert todos estaban consternados.

Su hijo Antonio, con su delantal de badana, propio de los herreros, iba y venía de un lado para otro, crispados los puños y sin decir palabra.

La mujer, acurrucada al amor de la chimenea, donde ardía un tronco de encina, y delante de la marmita donde cocía la cena, dejó caer sus manos inertes.

Al lado de la ventana, el abuelo de largos cabellos blancos, apoyando el brazo en el hombro de Joaquinito, fijaba en el vacío una mirada huera; mientras la abuela, inconsciente, hecha un ovillo delante del fogón, seguía con soñolientos cabeceos el compás de las monótonas canciones del hogar.

—¿Están muy lejos, Claudia?—preguntó Antonio.

—¡Ah!—contestó su mujer la Sra. Louge—acabo de descubrirlos allá abajo, en el fondo del valle, junto a la Cruz de los bueyes... media legua de aquí.

Antonio cogió de la mano a su hijo Joaquito.

—¡Ven conmigo, niño!—dijole con voz un tanto alterada.

Claudia protestó.

—¡Ir a buscar a los prusianos! ¿Para qué? ¡Valiente locura! ¡Y Dios sabe lo que podría suceder!... ¡Lo mejor es estar en casa! ¡Con tal que no entren a saco en el pueblo, todo irá bien! ¡Ah, Virgen santa, qué calamidad!

Antonio no hizo caso de las súplicas de su mujer y se llevó al chico.

Al salir de la aldea, el camino hacía un recodo; después desviaba hacia la derecha, desenrollando su blanca cinta esmaltada de álamos para perderse en el horizonte entre las frondosas profundidades de las lejanas colinas.

A quinientos metros de la aldea, los cañones, fusiles y las cimbras de los cascos, centelleaban al sol poniente de otoño.

La vanguardia del cuerpo de ejército alemán acampaba en torno de una cruz de madera. Acababa de hacer el alto.

El herrero, coloso de atléticos brazos; alzó a su hijo y lo colocó de pie sobre la piedra de un cercado.

—¿Los ves bien, rapaz?—preguntó al pequeño.

—Sí... Son los prusianos.

El padre repitió con voz sorda:

—¿Son los prusianos?

—¿Luego van a venir?

—¡Vienen!

—Pero, ¿por qué los dejamos venir?

El rudo trabajador enjugó con el dorso de la mano una lágrima que escaldaba su mejilla.

—¿Que por qué los dejamos venir, niño? Pues... porque Francia ya no es Francia... Porque nuestro ejército no está preparado. Porque todavía no hemos acabado con ellos.

El niño, sin decir palabra, fijaba sus grandes ojos en el rostro pálido y convulso del gigante.

—Entonces, papá, tenemos que matarlos.

Antonio guardó silencio.

Las amarillas hojas de los árboles caían en remolinos, cubriendo el camino con un espeso tapiz de reflejos mohosos.

La campiña estaba desierta; los labradores, al acercarse el ejército alemán, habían abandonado los trabajos, regresando a sus casas a toda prisa.

—¡Ya se pone en marcha!—dijo el niño.

En efecto, la vanguardia prusiana había roto sus escuadrones. Después de algunas breves órdenes de maudo, los batallones formaron columnas de marcha. Un destacamento de infantería, precedido de un oficial a caballo, avanzaba en dirección de la aldea.

El herrero levantó a su hijo y lo puso en tierra.

—Vaya, niño—dijo—es ya hora de volvernos a casa; dame la mano y vámonos.

Padre e hijo remontaron rápidamente el camino y no tardaron en llegar a las casas del pueblo.

Todo estaba cerrado; un silencio de muerte reinaba en todas partes.

—Vete con tu madre—dijo el herrero—yo tengo que hacer en la fragua.

Y mientras el niño subía de un salto los tres escalones de piedra que había a la puerta de su casa, Antonio penetró bajo un cobertizo situado al lado.

Allá en un oscuro rincón pendía de la pared una vieja escopeta de caza, colgada bajo de una canana repleta de municiones.

Antonio examinó su arma, deslizo un puñado de pólvora y plomo en los dos cañones, hizo tacos de una hoja de parra, cebó las chimeneas y colocó en ellas dos cápsulas nuevas y lucientes.

Después pegó la oreja a la puerta entrecerrada y escuchó.

Confuso al principio, no tardó en oírse distintamente el ruido de las armas y el de los caballos en marcha.

Los prusianos acababan de entrar en el pueblo.

La pesada cadencia de sus zapatos, cubiertos de polvo, sonaba ya sobre las piedras de la calle.

Cien pasos escasamente separaban a la fragua de la cabeza de la columna.

El herrero se lanzó en medio de la calle y apuntó.

Claudia lo vió en aquel momento.

—¡Antonio! ¡Antonio!—gritó abriendo bruscamente la puerta de la casa.—¿Qué haces, desgraciado?

En medio de la calzada, solo, delante de los batallones alemanes, el gigante tranquilo y sereno, estaba en la posición de un tirador con la rodilla en tierra.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—exclamó su mujer.

Sonó una detonación.

El oficial prusiano cayó del caballo.

Un segundo tiro siguió al primero.

El teniente segundo de la compañía cayó exánime.

De pie, apretando la escopeta descargada, que humeaba todavía en su crispada mano, Antonio quedó inmóvil, vuelta la provocadora faz al enemigo.

Claudia yacía desmayada en la escalera.

De pronto rasgó el aire una descarga.

El gigante volvió sobre sí mismo y se desplomó como fulminado sobre el suelo.

La vanguardia siguió a paso de carga.

Cuando el último soldado de la columna hubo desaparecido, el cadáver del herrero, horriblemente pisoteado, no era más que una masa informe de carne desparramada a lo largo del camino.

JUAN MAGDALINE.

Noticias locales

AYUNTAMIENTO
Anoche se reunió en el Ayuntamiento la comisión de Policía Urbana, presidida por el te-